

Lo que opinan nuestros MUSICOS...

Andrés Maranges

Muchísimos años hace que conozco a Maranges. Desde que íbamos con pantalón corto y cantábamos juntos por la calle de Santa Elisabet. Amigos y vecinos. Y nuestra amistad se consolidó cuando Maranges aprendió la música. Tiraba para músico y para compositor. Como recuerdo de nuestra juventud, guardo aún una sardana que entonces nos dedicó al malogrado violinista Estapé y a mí.

Aquella ingenuidad y aquellos momentos no son fáciles que vuelvan. La composición en sí es todo un poema infantil, y la portada, dibujada a grandes rasgos, con borrones y manchas de tinta, otro que tal; con un San Jorge como alegoría, que a uno le cuesta entender si es un santo o un espanta-pájaros—con perdón, aludo al dibujo,— como asimismo el dragón, que parece un lagartó con cabeza de caballo. La sardana, con mucha espiritualidad, se titula «Il·lusió» y acompaña la dedicatoria una «nota oficiosa», en la que el autor nos pide toda clase de perdones por las faltas y por la presentación. No hay fecha. Esto quiere decir que no interesaba, como si la juventud nunca terminase.

He aquí, pues, un breve rasgo característico de Maranges joven, en la época de sus constantes estudios de piano y

violín, que truncó más tarde por los del saxofón tenor.

Hoy, buen músico y excelente compañero. Sus conversaciones son agradables e irónicas y con bellas improvisaciones. Conoce todo y sabe un poco de todo: desde la «desintegración del átomo», por ejemplo, hasta los principios elementales de la anatomía. Nuestro buen amigo Garrell, que gusta de saborear las conversaciones de Maranges, debe guardar una buena colección de pintorescas frases.

Otra cualidad excelente es su dinamismo, pero un dinamismo original, que tiempo hubo en que todo lo que tocaba iba por el suelo. Aficionado jugador de «parchessi»—en su tiempo—, yo he visto movilizar a toda la clientela de un céntrico bar que frecuentábamos, a la busca del dado que a cada momento se le caía del pequeño barril.

Naturalmente, los hombres cambiamos de temperamento y de proceder a medida que coleccionamos los años y en el caso de nuestro amigo, éste ha entrado recientemente en el claro *reposo* matrimonial. Su dinamismo, ahora lo emplea para convencer a su clientela—Maranges es un magnífico viajante comercial—y uno puede quedarse satisfecho con el pedido, solamente para oírlo a él. Sus improvisaciones para con el negocio son tan aceptables como cuando actúa con el saxofón tenor.